

**Michael McClURE, *Traspassando las siete vidas***

Traducido por Marta Alonso Pérez,  
Iris Barrio Rodríguez  
y Francisco Esteban Gracia  
*Universidad de Valladolid*

### **BREVE NOTA SOBRE EL AUTOR**

Michael McClure (1932-) fue miembro de aquella generación de poetas y literatos alternativos norteamericanos de la llamada *Beat Generation*, o, más familiarmente, *Beatniks*, que tanto dieron que hablar durante un tiempo. En su juventud, en sus primeros años creativos, estos escritores y artistas eran tan marginales y alternativos, que años más tarde, cuando sus obras empezaron a ser más apreciadas y a conquistar sectores más amplios del público, el hecho fue toda una sorpresa, ante todo para sí mismos. Este fue el caso de Michael McClure, cuando su libro autobiográfico, *The Mad Cub*, fue publicado en 1970 por Bantam Books y recibido con un cierto éxito. El libro, a la manera del legendario modelo de Jack Kerouac (1922-1969) y su *On the Road* (1957), principal representante del grupo, se plantea expresarse en un tono confesional totalmente espontáneo, aunque con algunos cambios de nombres y circunstancias para preservar algunas identidades, y narra sus recuerdos y experiencias de adolescente en Kansas, que pronto fueron sustituidos por el cosmopolitismo, intelectualismo y espíritu revolucionario de los nuevos tiempos de la ciudad de San Francisco, meca libertaria de la *Beat Generation*, donde comenzó su carrera literaria como poeta y autor teatral.

Seguidamente, ofrecemos la traducción de un breve pasaje de dicha obra, parte como homenaje al mismo McClure, parte como ejercicio de memoria de todo aquel conjunto de inconformistas de cuyas luchas aún participamos en muy gran medida todavía hoy.

\*\*\*

“Cuéntame una historia, anda” dice Jarman... Norah, la mujer de Jarman, está echada en el suelo imaginando un atardecer rosado con los ojos cerrados. Brooder está tumbado, con la mirada fija en la ventana canturrea en voz baja una cancioncilla y Neri reposa sentada con la espalda apoyada en la pared sin abrir los ojos. Los lleva pintados de un bonito tono azul aunque un poco cargados. La callada y misteriosa Cathy está en la habitación de al lado ajetreada con varias cosas, tan sólo se deja oír el ruido de los platos. Una tarde apacible...

“Claro”, le digo. “Hay una barbería en el centro de la ciudad, un día pasé por allí... en la cristalera había un gato sentado sobre las patas traseras mirando a la nada... Vi un canario revoloteando alrededor del escaparate como un rayo amarillo. Y me paré a mirar. El canario descendió hasta posarse directamente en la cabeza del gato. ¡AY, LO QUE VI PASAR POR LA MENTE DEL GATO FUE TERRIBLE! Era uno de esos grandes gatos callejeros a rayas, rollizos y bien cuidados... Vi cada uno de los detalles de la expresión del gato cuando el canario se posó en su cabeza. En el felino empezó a brotar un creciente instinto de matar, desde lo más profundo de su ser. Y ese deseo era cada vez más y más fuerte. Aunque no se apreciaba ni un mínimo movimiento de sus músculos, ni de su cuerpo, el instinto se hacía más fuerte en el interior del gato y subía hacia la cabeza, donde ajeno se encontraba posado el animado pajarillo... El gato levantó ligeramente la mirada hacia el canario con sus grandes ojos amarillos. Y cuando finalmente el deseo invadió su cabeza... ¡Zas!, ¡Pum! El instinto quedó reprimido. ¡Zas!, ¡Pum! Se detuvo justo ahí, el gato se puso en tensión casi de manera imperceptible y se quedó impávido: su cara y sus ojos no tenían ya expresión. El gato permanecía sentado como un niño indefenso... El instinto que le incitaba a atacar había quedado reprimido por otro instinto y la mente del gato estaba en blanco. Había dejado de existir, se quedó como una estatua, frustrado y estupefacto... Fue una visión atroz... La gente que se estaba cortando el pelo se levantó para observar la escena pero no pudieron ver ninguna expresión en el gato. El gracioso pajarillo echó a volar y el gato se quedó allí sentado... Tuve que correr media manzana tratando de huir de aquella visión...”.

“La naturaleza del hombre es tan inabarcable como las estrellas... No podemos generalizar. Los criterios son falsos. No hay manera de medir el espíritu humano...”. Le digo a Linder.

Acabo de contarle a Linder que quiero hacer bioquímica... que quiero volver a la universidad y obtener el doctorado en Ciencias. Quiero hacerlo todo y serlo todo. “Deberías seguir con lo que estás haciendo”, me aconsejó Linder en tono serio pero con una pequeña sonrisa bajo sus cejas pobladas.

Linder es un viejo conocido del instituto... Ahora es interno en el área de psiquiatría de Johns Hopkins... Ha venido a la ciudad para hablar sobre los nuevos medicamentos que ha usado en su investigación... Me ha mirado varias veces.

Cenamos juntos y a Cathy y a mí nos ha fascinado con su labia.

¿Por qué me observa de ese modo nada más llegar? Sé que pretende transmitirme este mensaje... “que me olvide de volver a clase”... Es la única razón posible. Linder es satánico pero no dudo de la eficacia de mis mensajeros y normalmente suelo prestar atención a lo que dicen. Parece que Linder tiene buenas intenciones pero no se da cuenta de que a veces con su actitud puede llegar a ser casi satánico. Él mismo cree que es un mero impostor y en el fondo cuestiona dónde está su error. La vida no tiene ningún sentido para él... Y con su labia esconde que la vida es un hecho insignificante para él... un sinsentido. Todo es relativo para Linder, es objetivo y racional y se envenena a sí mismo con la habilidad de hacer relativo todo respecto a todo... Linder tiene un nombre para todo... Sé que no lo volveré a ver en años... Pero me gusta su mensaje... “Adiós”, le digo.... Me despido desde las escaleras.

La biblioteca es espantosa. Estoy esperando a que abran. El encargado, un hombre anciano y calvo, abre las puertas a regañadientes y descorre todos los cerrojos que cierran los enormes

portones de madera que hay detrás de unas puertas acristaladas. Viejos borrachines y pensionistas deambulan con cierto aire de indiferencia y desgana para leer el periódico y pasar el rato sentados en el retrete.

Subo casi volando un tramo de escaleras de mármol de tres en tres y me dirijo hacia el pasillo de la derecha... Dejo atrás los murales con las típicas escenas de los años 20 de puestas de sol y arados de bueyes, y atravieso los pasillos que huelen a humedad y a rancio. Escuipo en el suelo sólo para demostrar mi aversión hacia un sitio en el que ni siquiera tienen registrados los libros que necesito. Pero me gusta... Trabajar en la biblioteca dos horas diarias es el premio que necesito cada mañana y me aporta la actitud necesaria para aguantar cuando la desgana y el cansancio me invaden.

Abro el tomo más grueso... ¡Ajá! Los sistemas nerviosos de extraños gusanos, medusas, grillos... Comienzo a evadirme... Hoy todo va a ir bien. Me olvido de los altos techos, los malos olores y las caras de resentimiento.

En mi cabeza se dibujan las imágenes de criaturas vivas descompuestas en sus fragmentos más sencillos: músculos, órganos, sentidos y sub-criaturas, que conforman otras criaturas. A medida que mis pupilas se dilatan y las imágenes se alejan, se agudizan los sonidos y se me adormecen los sentidos. La imagen sigue ahí pero ha perdido su belleza y se ha convertido en otra cosa... Algo que no me gusta... En el fondo, sé que llegará un día en el que no me crea todo el conocimiento que he llegado a reunir. Pero existe una respuesta mejor y más simple para todo que debo de conocer; sin embargo, ahora centraré toda mi energía en lo que puedo aprender, hacer y sentir.

Definitivamente, he dejado las drogas... No volveré a probar el peyote, ni la heroína, ni la cocaína... Pero la agonía estará siempre ahí... Sé que el peyote fue el origen de esto, pero ni esta ni las otras sustancias dejarán de parecerme atractivas... Mi mente quiere dividirse en dos, que mi conciencia y mi salud se separen cada vez más... Siento un impulso que me incita a tirarme por la ventana... Hay momentos en los que creo que voy a explotar y morir, y es lo que deseo... De cualquier modo, no tendré que soportarlo mucho más, sé que al final... Me imagino que tengo una pistola, en la mano. Sé cómo usarla... Aunque estuviera tan harta y abatida que... pero sabría cómo usar la pistola, la que sostenía en mi mano... No puedo pensar con claridad... Nada tiene sentido... Las mesas, las sillas, los platos... Paredes de colores rojo, negro...

Larry me está susurrando algo. Larry solo me habla entre susurros. Me inclino hacia su lado de la mesa para poder oír lo que dice... No puedo oírle... Está diciendo algo sobre los Yoguis... Quiero escucharlo... Mi mente no puede centrarse lo necesario. Larry me hace sentir profana. Estoy sentada escuchándole vestida con unos viejos trapos a modo de pantalones, una camisa desgastada y unos zapatos. Mientras él, en frente de mí, lleva un fantástico traje propio de un dandi, que complementa con un sombrero de ala ancha colgado en una silla a su lado. Lleva un jersey de cuello alto y una chaqueta que seguramente era parte de otro traje y pantalones de montar...

Se ha puesto uno de esos abrigos Chesterfield en color negro que te cubren...

“Esa es la clave final de la Taghata”, dice Larry. Y añade en un susurro final: “Así es como yo lo veo”. Sus ojos vivos e ilusionados miran al mundo como los de un muchacho embelesado tras el pelo largo y la barba.

Quiero decirle a Larry que pronto cumpliré 28 años, pero que antes de que eso ocurra yo estaré muerta... Sé que este hecho se va acercando. Solo tardará en llegar unas semanas o meses. No voy a suicidarme, pero estoy obsesionada con el deseo de arrojarme a la destrucción. No me quiero suicidar... Lucho para no llevar a la práctica ese deseo y no dejar que se concrete en algo definitivo. De todas formas, me estoy muriendo. No quiero agobiar a Cathy con mi muerte, pero estoy asustada y me estoy muriendo por algo en el pecho y en el cuello. Justo ahora que estoy aprendiendo a amar y a adorar a los niños, y que veo cómo la vida fluye viva en el interior de las personas... No quiero morir... Aunque es mejor así.

Me sobrevienen enormes revelaciones que confirman mi genio. Sé que tengo talento y que he hecho nuevos descubrimientos... Después no puedo reconstruir lo que eran. Es mejor así, que muera pronto... “¿Qué has dicho, Larry?”, le digo.